

LOS AFECTOS Y LA REPETICIÓN. UNA CONSIDERACIÓN SOBRE LO INOLVIDABLE

Alberto Loschi

En nuestra teoría psicoanalítica consideramos que lo reprimido primordial y el sepultamiento del complejo de Edipo dan cuenta de la amnesia infantil^[1]: las vicisitudes propias del complejo quedan sepultadas e inaccesibles para el devenir consciente enlazado a la palabra.

Se podría pensar que son olvidadas, pero no es así ya que al no haber sido conscientes carecen de la posibilidad de recuerdo y, por la misma razón, tampoco son pasibles de ser olvidadas. Son más bien inolvidables.

La amnesia infantil configura así lo inolvidable. Y eso –inolvidable- hace al habitat del yo. Al decir habitat queremos indicar el ‘entorno’, el ‘clima’, el ‘paisaje’, la ‘tierra’ a la que el yo queda enraizado, que le da pertenencia y a la que siempre vuelve. Desde eso –inolvidable- se hace ‘mundo’.^[2]

Si el yo pertenece a ese habitat –lo inolvidable- quiere decir que no **es** ese habitat (aunque se configure en relación a él). Lo inolvidable, como habitat, no es yo.

El yo se recorta de ese habitat como nosotros nos recortamos del entorno que habitamos. Lo inolvidable es lo extraño, extranjero al yo; aunque, a la vez, lo más familiar, ya que allí reside.

El yo vive, sin saberlo, en ese habitat, extraño y familiar. Habitat compuesto de memorias –lo inolvidable- que carecen de acceso a la palabra (aunque las palabras broten de él). Habitat que al ser ajeno a la palabra está fuera del tiempo; un eterno presente que llamamos ‘lo actual’. Palabra ésta que, además de indicar un sentido temporal de eterno presente, alude a lo que actúa y es eficaz.

Si actúa y es eficaz tiene que haber signos de ese habitat –lo inolvidable- y en efecto, esos signos son **los afectos**.

Los afectos son expresión de las memorias de lo inolvidable.

Los Afectos

Freud describe los afectos como reminiscencias –memorias- de antiquísimos sucesos, preindividuales, homologándolos a los ataques histéricos.

Las vicisitudes del complejo de Edipo y los detalles de su resolución, que incluyen al complejo de castración, le dan al afecto, preindividual, un sello individual. Este sello individual se manifiesta en el tono con que el desarrollo de afecto llega a la conciencia, configurando así una experiencia afectiva que el yo reconoce como propia.

Cabe señalar que el tono afectivo con que el desarrollo de afecto llega a la conciencia constituye sólo uno de los tres polos de lo que llamaremos el trípode del afecto.

Los otros dos polos son: la carga de órgano y la derivación motriz.

Como dice Freud en la Conferencia XXV sobre la angustia:

*“Ahora bien, ¿qué es en sentido dinámico un afecto? Para empezar, algo muy complejo. Un afecto incluye, en primer lugar, determinadas inervaciones motrices o descargas; en segundo lugar, ciertas sensaciones, que son, además, de dos clases: las percepciones de las acciones motrices ocurridas, y las sensaciones directas de placer y displacer que prestan al afecto, como se dice, su tono dominante. Pero no creo que con esta enumeración hayamos alcanzado la esencia del afecto. En el caso de algunos afectos creemos ver más hondo y advertir que el núcleo que mantiene unido a ese **ensemble** es la repetición de una determinada vivencia significativa”. (A.E.; T XVI; pág. 360)*

Y también en el Capítulo VII de “Interpretación de los sueños”:

*“En la base de lo dicho hay un supuesto muy determinado sobre la naturaleza del desarrollo de afecto. Este es visto como **una operación motriz o secretoria**, la clave de cuya inervación se sitúa en representaciones del inconsciente”. (A.E.; T V; pág. 573)*

Estas observaciones de Freud nos parecen importantes porque habitualmente se equipara afecto con su tono en la conciencia. Cobra otra dimensión cuando agregamos como propio del afecto su carga de órgano y la derivación motriz.

Distinguimos así en el desarrollo completo del complejo afectivo una inervación somática, una derivación motriz y un tono en la conciencia. Las tres dependen y son expresión de la excitación de memorias inconscientes. Expresión de una reminiscencia que, por carecer de tiempo y ser eficaz en el aquí y ahora, llamamos 'actual'.

Va de suyo, y así lo señala Freud, que el tono afectivo de la conciencia puede faltar, así como también un solo polo de ese trípode puede arrogarse la totalidad del desarrollo de afecto. Así dice en la conferencia XXV:

*“La totalidad del ataque (de angustia) puede estar subrogada por un único síntoma, intensamente desarrollado: por un temblor, un vértigo, palpitaciones, ahogos; y el sentimiento general que individualizamos como angustia puede faltar o hacerse borroso. No obstante, esos estados que describimos como **equivalentes de angustia**, pueden equipararse a esta última en todos los aspectos clínicos y etiológicos”.* (A.E.; T XVI; pág. 365)

Pensarlo así amplía en mucho el campo de importancia de la dimensión afectiva. Permite considerar como expresión de un afecto tanto una inervación somática como una derivación motriz, aun

cuando falte el tono con que reconocemos el afecto en la conciencia.^[3] Permite también zanjar la controvertida cuestión de 'los afectos inconscientes'. En efecto, lo propiamente inconsciente es la excitación de memorias. En cuanto al desarrollo de afecto siempre es posible de alcanzar por alguna vía la conciencia. Ya como signo perceptual en la inervación somática o en la derivación motriz, ya como sensación-síntoma en su tono en la conciencia.

Mas, en cualquiera de los tres casos, permanecen inconscientes las memorias de las que el afecto es expresión.

Pongamos por caso los celos. Como complejo afectivo presenta: un tono característico de displacer en la conciencia, un componente motriz (actuación) que se evidencia por ejemplo en una tendencia activa o pasiva a la infidelidad (engañar, ser engañado, hacerse engañar) que puede llegar hasta el crimen pasional y una inervación somática que puede ir desde la excitación o inhibición sexual hasta un cuadro somático grave.

Consideramos que en la pasión celosa se conjugan y condensan la excitación de dos memorias pertenecientes a las vicisitudes edípicas. Una es la creencia renovada de que el amor edípico es posible, la otra es 'el saber' inconsciente de su fracaso. Ambas forman parte de la amnesia infantil –lo inolvidable-. Esta conjunción hace al drama de los celos. Si se acepta el fracaso debe renunciarse a la creencia de que ese amor es posible. Si se sostiene la creencia se llega al fracaso.

Dice Sandor Marai algo así como que la pasión es irrefrenable porque sabe de su fracaso. En la clínica comprobamos que la pasión

celosa no busca confirmar la fidelidad de la amada o amado. Tal confirmación no resuelve la pasión celosa que, por el contrario, insiste en descubrir la traición. Así como es la culpa la que lleva al crimen –y no a la inversa-, del mismo modo los celos buscan la infidelidad.

La excitación de estas memorias puede llegar a la conciencia con el tono de displacer característico de los celos, presentarse como actuación o, aún, como un cuadro somático.

De este modo entendemos la homologación que hace Freud entre el afecto y la histeria. También el síntoma histérico llega a la conciencia; es perceptible por los sentidos. Aunque desconocemos – se mantiene inconsciente- aquello de lo que es expresión.

Trauma, histeria y afecto

Nos importa ahora considerar aquellas memorias que definimos como traumáticas.

En ese sentido compara Freud, en “Más Allá del Principio del Placer”, a la histeria con las neurosis traumáticas:

“El cuadro de la neurosis traumática se aproxima al de la histeria por presentar en abundancia síntomas motores similares”... “El enfermo –se sostiene- está, por así decir, fijado psíquicamente al trauma. Tales fijaciones a la vivencia que desencadenó la enfermedad nos son conocidas desde hace tiempo en la

histeria... el histérico padece por la mayor parte de reminiscencias” (A.E. T XVIII; pág. 12, 13)

Si ahora extendemos esta comparación anexando a la misma la que Freud ya había hecho antes entre histeria y afecto:

*“Para que se me comprenda mejor: **el estado afectivo tendría la misma construcción que un ataque histérico** y sería, como éste, la decantación de una reminiscencia” (A.E.; T XVI; pág. 360)*

Uniendo estas referencias podemos poner en la misma serie al afecto, a la histeria y a la neurosis traumática.

Es evidente que en esta comparación dejamos de lado las notorias diferencias que existen entre estas tres manifestaciones. Sólo queremos destacar que el estado afectivo, como la histeria y la neurosis traumática, es expresión de memorias.

Podemos tomar como modelo de estas memorias traumáticas el texto que expresa la voz del oráculo en el mito de Edipo: “Matarás a tu padre, compartirás el lecho con tu madre”. Ese texto es ajeno a Edipo, pero, sin ese texto no existe Edipo. Como una suerte de atractor extraño^[4] ordena –en el doble sentido de la palabra- el destino de Edipo.

Ahora bien, la característica principal de una memoria traumática es, como ya lo indicó Freud, su repetición. De tal modo, la importancia del trauma no reside en lo que aconteció en el pasado (ningún

trauma, si lo es, es pasado) sino en que apunta a un destino: su repetición.^[5]

Así, cuando sentimos angustia tendemos a proyectarla a un devenir futuro: la expectativa de un peligro. Freud corrige esta anticipación de un futuro diciendo que tal angustia presente es memoria de un pasado. Sin embargo no queda invalidada esa aprehensión futura. La angustia actual – que desde el yo es repetición en el presente-, de no mediar otras circunstancias, expresa memorias que pugnan por consumir su repetición, como las profecías que se autocumplen, como la anticipación que hace el oráculo del destino de Edipo.

Trauma, afecto y destino

Distinguimos así, entre los restos del complejo no resueltos, aquellos traumáticos que no dan síntomas, los que hacen al destino. Tales restos, asintomáticos, encuentran en la transferencia el campo propicio para hacer su aparición. Es el destino de la transferencia y la transferencia del destino.

Entendiéndolo así, y si el desarrollo de los mismos puede trabajarse favorablemente en la transferencia, encontramos en el análisis un instrumento adecuado para ‘curar del destino’. Lo dicho puede sonar pretencioso y pecar de un exagerado optimismo. Muchas veces la experiencia nos muestra con crueldad que “contra el destino nadie la talla”, claro que esto lo constatamos a posteriori, cuando el destino acontece. Pero en tantos otros casos, cuando ‘el destino no acontece’ ¿podemos estar seguros que tampoco hubiese acontecido

sin la intervención del análisis? Por supuesto, no hay respuesta segura para esta pregunta, sólo la impresión que nos deja la experiencia de la transferencia y ésta nos estimula a considerarla como un instrumento apropiado para tal fin.

Muchas veces podemos tener la impresión de que la repetición acaba cuando se ha vivido y elaborado. Y la transferencia es el campo óptimo para vivirla. Ciertamente, nada asegura que esto vaya a ser así, pero la experiencia brinda suficientes indicios para dar crédito a una mesurada confianza.

Tengamos en cuenta que tales memorias traumáticas configuran lo más íntimo de nuestro ser y, sin embargo, nos son ajenas ya que, como dice Winnicott, acontecen cuando no hay quién las viva. La profecía que hace el oráculo es lo más ajeno a Edipo siendo, a la vez, lo más íntimo, núcleo de su ser. Son como el no ser del ser. Necesitan ser vividas para hacerse propias. Lo acontecido no vivido resulta así una suerte de atractor que hace al destino. Como dice Goethe “lo que de tu padre has heredado debes hacerlo tuyo para poseerlo”.

Aparición en la transferencia de lo no vivido

Lo acontecido no vivido pertenece al habitat de lo inolvidable. Permanece mudo y silencioso, esbozándose a lo más como un estado de afectividad crónica.

Ese carácter mudo y silencioso es pasible de cobrar vida en la transferencia. Interesa acercarnos a describir el modo en que esto acontece.

Explica Freud en “Construcciones en el análisis” que cuando una construcción del analista activa memorias de ‘lo inolvidable’ provoca la emergencia de “recuerdos hiperclaros”. La característica de los mismos es que en ellos nunca está incluido el núcleo traumático que les da origen, sino fragmentos accesorios y marginales del mismo. Agrega que en ocasiones estos recuerdos hiperclaros semejan alucinaciones:

“Habría sido posible llamar ‘alucinaciones’ a estos recuerdos de haberse sumado a su nitidez la creencia en su actualidad. Ahora bien, esta analogía cobró significación cuando llamó mi atención la ocasional ocurrencia de efectivas alucinaciones en otros casos, en modo alguno psicóticos. La ilación de pensamiento prosiguió entonces: Acaso sea un carácter universal de la alucinación, no apreciado lo bastante hasta ahora, que dentro de ella retorne algo vivenciado en la edad temprana y olvidado luego, algo que el niño vio u oyó en la época en que apenas era capaz de lenguaje todavía, y que ahora esfuerza su ascenso a la conciencia, probablemente desfigurado y desplazado por efecto de las fuerzas que contrarían su retorno. Y si la alucinación es referida de manera más próxima a formas determinadas de psicosis, nuestra ilación de pensamiento puede dar un paso más. Quizá las formaciones

delirantes en que con gran regularidad hallamos articuladas estas alucinaciones no sean tan independientes, como de ordinario suponíamos, de la pulsión emergente de lo inconsciente” Y agrega un poco más adelante: “las formaciones delirantes de los enfermos me aparecen como unos equivalentes de las construcciones que nosotros edificamos en los tratamientos analíticos” (A.E.; T XXIII; pág 268, 269)

Uniendo ahora los hilos que hemos ido tendiendo, diremos que el acontecer en la transferencia tiene la cualidad de excitar memorias inconscientes – lo inolvidable- Las mismas desencadenan el desarrollo de afecto el que, de acuerdo a lo expuesto, puede hacer su presentación por su tono en la conciencia, pero, frecuentemente también, como derivación motriz o como carga de órgano.

De lo expuesto también puede desprenderse que así como la alucinación y el delirio son formaciones vicariantes de los recuerdos hiperclaros que siguen a una construcción, también podemos considerar como equivalentes de recuerdos hiperclaros una derivación motriz (actuación) o una manifestación somática y considerar a las mismas como expresión de algo excitado en la transferencia y que pugna por alcanzar la categoría de recuerdo^[6] al poder ser comprendido por una construcción.

BIBLIOGRAFIA

Bidondo, A. M. **La rememoración, un hablar para
no recordar**

La Peste de Tebas N 35

Cesio, F. **Memorias y Olvido**

La Peste de Tebas N 35

Freud, S. **La Interpretación de los
sueños A.E. T V**

“ “ **Conf. XXV “La Angustia” A.E. T
XVI**

“ “ **Más allá del principio del
placer A.E. T XVIII**

“ “ **Construcciones en el
análisis A.E. T XXIII**

^[1] En la palabra ‘infantil’ destacamos su sentido etimológico: –in fans- lo que está fuera de la palabra.

^[2] Los grandes sistemas filosóficos, aquellos que explican el 'mundo' no siempre incluyen el 'suelo' desde el que lo hacen. Luego, simpatizamos con uno u otro de tales sistemas en la medida que se acercuen y den palabra a nuestro propio 'suelo'. En él florecen nuestras creencias que, a diferencia de las ideas, no es algo que tengamos sino algo en lo que estamos. Como dice Ortega, las creencias hacen al suelo que pisamos. A ese 'suelo' pertenecen también las vivencias, que dan 'el clima' a nuestro estar en el mundo.

^[3] La jerarquía que le damos al tono en la conciencia por sobre los otros dos polos se debe a que el tono en la conciencia es índice de cierta 'yoificación' del afecto.

^[4] Un atractor es un punto del espacio de fase hacia donde el sistema se dirige o, según cómo se lo vea, desde donde el sistema se dirige.

En la teoría del caos se llama atractor extraño a ese punto del espacio de fase que, cuando se lo puede encontrar, el caos demuestra responder a un orden.

^[5] Si consideramos que el tiempo es una construcción, pasado, presente, futuro son categorías con las que el yo intenta organizar una vivencia actual. En ese sentido, la vivencia actual de memorias inolvidables de la amnesia infantil, en especial aquellas que pertenecen a lo que llamamos traumático, suelen incluirse en la conciencia en tiempo futuro. La expectativa, siguiendo lo que nos dice la palabra, es esperar –mirar, observar- de donde deriva espectáculo y también espejo, especular. La expectativa al esperar nos convierte en espectadores –el que mira con atención un objeto- de aquello que objetivamos en el espejo del futuro. La expectativa objetiva en el espejo del futuro una vivencia actual.

Aunque no responde a la etimología resulta sugestiva la similitud entre esperar y expectorar: sacar del pecho, ob-jectar.

^[6] Como recientemente expusiera A. M. Bidondo () es útil diferenciar recordar de rememorar. 'Rememorar' es un modo de repetir mientras que con 'recuerdo' se jerarquiza, no tanto el aludir a un pasado, como el poder ligar el afecto a la palabra. Bien pensado hasta se podría decir que recordar es el modo saludable de olvidar.